

# NEW LEFT REVIEW 127

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2021

## EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL DE LA NLR Sobre *Sidecar* 7

## ARTÍCULOS

DYLAN RILEY El limbo del confinamiento 11

CIGAN TUĞAL Turquía en sus encrucijadas 27

ALEXANDER ZEVIN ¿Un Proudhon para posmodernos? 61

CLAIRE DEBUCQUOIS Manos manchadas de sangre 87

NANCY FRASER Los climas del capital 101

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Metáforas en funcionamiento 139

OLIVER EAGLETON Después de Corbyn 148

JACOB COLLINS Colisión de partículas 161

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



ALEXANDER ZEVIN

## ¿UN PROUDHON PARA POSMODERNOS?

CUANDO *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty, irrumpió en el escenario estadounidense en 2014, su autor fue comparado en más de una ocasión con Tocqueville<sup>1</sup>. Estábamos, en efecto, ante otro francés con una visión histórica panorámica, que ponía un espejo para ofrecer a los estadounidenses una nueva imagen de sí mismos. Esta vez, sin embargo, el espejo no reflejaba una vibrante democracia, sino un alarmante diferencial en la percepción de los ingresos. La obra de Piketty cristalizó el malestar progresista en el punto más bajo de la depresión financiera, pero también dio a sus lectores motivos para congratularse por saber reconocer la verdadera importancia de la desigualdad. Para Paul Krugman, estábamos probablemente ante el libro de economía más importante de la década; los estadounidenses ya nunca volverían a hablar de la riqueza y la desigualdad de la misma manera. También para Rana Foroohar el libro de Piketty era «el volumen económico de nuestra era». Para *The Nation*, se trataba del estudio más importante en su campo en medio siglo. Martin Wolf consideró el libro «extraordinariamente importante». Lawrence Summers creía que la forma en que trataba la cuestión de la desigualdad era perfectamente adecuada a los tiempos; Piketty había sido proclamado, con toda razón, como una celebridad del mundo intelectual de las políticas posibles y su obra merecía con creces tal atención<sup>2</sup>. David Graeber (según la leyenda)

---

<sup>1</sup> Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (MA), 2014; ed. orig.: *Le capital au XXI<sup>e</sup> siècle*, París, 2013; ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, Ciudad de México, 2014. Véase también la entrevista con Thomas Piketty, «La dinámica de la desigualdad», *NLR* 85, marzo-abril de 2014.

<sup>2</sup> Jacob Hacker, «Piketty's Triumph», *American Prospect*, 10 de marzo de 2014; Paul Krugman, «The Piketty Panic», *The New York Times*, 24 de abril de 2014 y «Why We're

habría sacado partido inmediatamente del sugerente empleo que hacían Piketty y Emmanuel Saez de los datos del Internal Revenue Service estadounidense sobre los percentiles de renta más elevados para proporcionar a los rebeldes de *Occupy Wall Street* su eslogan: «Por el 99%».

Hubo críticas. El argumento de Piketty se basaba en la hipótesis de que la tasa de retorno ( $r$ ) de la inversión de capital tendía a ser mayor que la tasa de crecimiento económico global ( $g$ ). La ahora famosa fórmula  $r > g$  se habría observado durante la mayor parte de la historia de la humanidad. A medida que los ingresos del capital superaran a la renta del trabajo —la cual sigue de cerca el comportamiento de la tasa de crecimiento— y dado que las mayores fortunas crecían más rápidamente, la desigualdad aumentaría, potencialmente, sin límite. Pero, ¿cómo explicar entonces la caída de los niveles de desigualdad entre 1918 y mediados de la década de 1970? Ello fue el resultado de impactos externos: la destrucción provocada por las dos guerras mundiales y la Gran Depresión despejó el camino para treinta años excepcionales de crecimiento relativamente alto, de alta fiscalidad y de baja desigualdad después de 1945, un periodo en el que  $g$  superó temporalmente a  $r$ . La tensión entre la fuerza explicativa de los dos argumentos de Piketty (el primero, que habla de una «ley» inherente al capitalismo, y el segundo referido a «impactos» de naturaleza política y económica que desafían su orden) también estaba presente en las prescripciones finales del libro, que reclamaban un impuesto progresivo global sobre la riqueza antes de que el vertiginoso aumento de la desigualdad en el siglo XXI desencadenase «una violenta reacción política»<sup>3</sup>. Mientras que, por un lado, la derecha libertariana calificó a Piketty de comunista, la izquierda señaló que su explicación de la igualdad a mediados del siglo XX ignoraba el surgimiento del movimiento obrero organizado en partidos y en sindicatos de masas. Basándose en datos relativos a las declaraciones de la renta, principalmente de Francia, el Reino Unido y Estados Unidos, Branko Milanović señaló que Piketty no tenía en cuenta las pruebas proporcionadas por las encuestas a los hogares. Además, tampoco estaba claro que sus conclusiones pudieran aplicarse a China y a India, países de alto crecimiento<sup>4</sup>.

---

in a New Gilded Age», *The New York Review of Books*, 8 de mayo de 2014; Rana Foroohar, «Thomas Piketty: Marx 2.0», *Time*, 8 de mayo de 2014; Timothy Shenk, «Thomas Piketty and Millennial Marxists on the Scourge of Inequality», *The Nation*, 14 de abril de 2014; Martin Wolf, «Capital in the Twenty-First Century», *Financial Times*, 15 de abril de 2014; Lawrence Summers, «The Inequality Puzzle», *Democracy* 33, verano de 2014.

<sup>3</sup> T. Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, cit., pp. 450, 343-344, 463.

<sup>4</sup> Branko Milanović, «The Return of “Patrimonial Capitalism”», *Journal of Economic Literature*, vol. 52, núm. 2, 2014. La obra de Branko Milanović, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization* (Cambridge (MA), 2016) demostraría el aumento relativamente más rápido de los niveles de renta de los deciles inferiores

La llegada de la última obra de Piketty, *Capital e ideología*, invita a una comparación con otro pensador francés que también adquirió una gran notoriedad por lanzar un alegato genérico contra la desigualdad, publicado en un momento de profunda crisis económica. En 1840, la obra de Pierre-Joseph Proudhon *¿Qué es la propiedad?* refutaba las afirmaciones de que la respuesta a esta pregunta —«¡Es un robo!»— fuera la señal para otro 1793. Sus planteamientos deberían entenderse, afirmaba Proudhon, «como un pararrayos que pretende protegernos de la descarga que se avecina», lo cual se asemeja a la confianza que mostraba Piketty en que sus advertencias sobre la posible incompatibilidad del aumento de la desigualdad en el siglo XXI con los valores democráticos serían susceptibles de impulsar reformas fiscales concebidas para evitar revueltas violentas del tipo de las que pusieron fin a la *belle époque*.

*Mutatis mutandis*, por supuesto. Donde pone «tipógrafo nacido en el seno de una familia de campesinos y pequeños comerciantes de Besançon, que iba descalzo a la escuela», léase «hijo de extrotskistas *soixante-huitards*, que creció en el barrio residencial parisino de Clichy Hauts-de-Seine»; donde pone «*La voix du peuple*», léase «World Income Inequality Database»; donde pone «encarcelamiento en la prisión de la Conciergerie», léase «cátedras en la London School of Economics, la Universidad de Berkeley y la École de Hautes Études en Sciences Sociales»; y donde pone «banco del pueblo», léase «impuesto global sobre el capital». El panfleto de Proudhon también tardó más en prender que *El capital en el siglo XXI*. Pasaron dos años antes de que el escándalo, la persecución y la polémica elevaran *¿Qué es la propiedad?* a la notoriedad internacional, siendo aclamada como una «obra penetrante» en el periódico de Marx, la *Neue Rheinische Zeitung*. Cuando se encontraron en París, los jóvenes radicales alemanes pusieron todo su empeño en familiarizar a Proudhon con la economía política y la dialéctica. Seis años más tarde llegaría la respuesta de este último con los dos gruesos volúmenes de su *Sistema de contradicciones económicas o Filosofía de la miseria*, que llevó a Marx a escribir su punzante réplica, *La miseria de la filosofía*. Más tarde, Marx se habría de lamentar entre risas por haber infectado a

---

del mundo —la famosa «curva del elefante»— impulsado en gran medida por China; véase la reseña de Göran Therborn, «La dinámica de la desigualdad», *NLR* 103, marzo-abril de 2017.

<sup>5</sup> Pierre-Joseph Proudhon, *What Is Property?* [1840], en Iain McKay (ed.), *Property Is Theft! A Pierre-Joseph Proudhon Anthology*, Edimburgo, 2011, pp. 87-88; ed. cast.: *¿Qué es la propiedad?*, Madrid, 2017.

Proudhon con el hegelianismo «para su “sofisticación”, que es como los ingleses llaman a la adulteración de los productos comerciales»<sup>6</sup>.

Seis años después de *El capital en el siglo XXI*, Piketty presenta las mil páginas largas de *Capital e ideología* como respuesta a las principales críticas que recibió su obra anterior. En algún sentido la «secuela» de Piketty ha aterrizado en el momento oportuno: en las primarias del Partido Demócrata de 2020, su propuesta de un impuesto sobre la riqueza fue retomada por Warren y Sanders, mientras que los llamamientos al gobierno de Biden para que siga su ejemplo se han generalizado<sup>7</sup>. Sin embargo y, al tratar de «aclarar» la manera en que la desigualdad ha «evolucionado», el último libro de Piketty se aleja de forma drástica de su anterior trabajo. El mayor defecto de *El capital en el siglo XXI*, escribe ahora, fue tratar los cambios políticos e ideológicos como una «caja negra». Además, estaba excesivamente centrado en el mundo rico<sup>8</sup>. En *Capital e ideología*, la fórmula  $r > g$  prácticamente ha desaparecido y el papel de las rupturas violentas a la hora de reequilibrar los fluctuantes diferenciales entre riqueza e ingresos se rechaza rotundamente. ¿A qué se apunta en su lugar?

### *Análisis histórico-mundial*

*Capital e ideología* despliega una tipología de «regímenes de desigualdad» a escala weberiana. El punto de partida de Piketty es la hipótesis de que toda sociedad debe justificar sus desigualdades o, de lo contrario todo, su edificio político y social corre el riesgo de derrumbarse. Las narrativas dominantes, aunque siempre disputadas, fortalecen la legitimidad del «régimen de desigualdad». Su objeto aquí es la transformación histórica de estos regímenes, cuyo estudio espera que arroje alguna luz sobre nuestro punto muerto actual. Declaraciones tributarias, registros de herencias, leyes de propiedad, sistemas de evaluación e índices de participación política constituyen el núcleo probatorio del libro,

<sup>6</sup> Karl Marx, carta a J. B. Schweizer, 24 de enero 1865, publicada como «Sobre Proudhon», *Der Social-Demokrat*, núms. 16-18, 1-5 de febrero de 1865.

<sup>7</sup> Benjamin Wallace-Wells, «The French Economist Who Helped Invent Elizabeth Warren’s Tax Plan», *The New Yorker*, 19 de octubre de 2019; Jim Tankersley y Ben Casselman, «The Liberal Economists Behind the Wealth Tax Debate», *The New York Times*, 21 de febrero de 2020; Jonathan Soros, «Biden Wants to Raise Revenue. He Should Tax Wealth, Not Work», *Barron’s*, 13 de noviembre de 2020.

<sup>8</sup> Thomas Piketty, *Capital and Ideology*, Cambridge (MA), 2020, p. 16; ed. orig.: *Capital et idéologie*, París, 2019; ed. cast.: *Capital e ideología*, Madrid, 2019.

que se complementa con lecturas de novelas y visionado de películas (Balzac y Austen, de nuevo, ocupan un lugar destacado). Si bien descarta las nociones conservadoras de una desigualdad social «natural», Piketty también rechaza lo que él describe como el planteamiento marxista en el que la ideología es la expresión superestructural de las fuerzas económicas. Por el contrario, «la esfera político-ideológica es verdaderamente autónoma»<sup>9</sup>. Advierte insistentemente contra el «determinismo», que no puede dar cuenta de la diversidad política de las sociedades en etapas similares de desarrollo tecnológico: «las alternativas siempre han existido y siempre existirán». Los «puntos de inflexión» y los «caminos alternativos» forman un tema preponderante en el estudio comparativo de las formaciones ideológicas que sigue a continuación.

Piketty comienza con un modelo de tres «estamentos» –nobleza, clero, plebe– derivados del feudalismo europeo, que caracteriza lo que él denomina las sociedades «ternarias». Aquí, las funciones soberanas de la administración de justicia y la fuerza legítima son inseparables del control de la propiedad. Las narrativas justificativas de la desigualdad son «trifuncionales», es decir, se basan en la idea de que cada uno de los tres grupos sociales cumple una función específica y que esta división tripartita del trabajo beneficia a toda la comunidad. Lo que le interesa a Piketty es la dimensión y el peso relativo de estos órdenes: en Francia, el clero y la nobleza representaban juntos algo más del 2 por 100 de la población masculina adulta en vísperas de la Revolución Francesa, frente al 5 por 100 registrado dos siglos antes. En ese momento, los nobles poseían más del 25 por 100 de las tierras, mientras que el 15 por 100 (o el 25 por 100 si se incluye el valor capitalizado del diezmo) estaba en manos de la Iglesia. Piketty encuentra órdenes de magnitud similares en otras sociedades ternarias: las iglesias de España y Etiopía también poseían alrededor del 30 por 100 de la propiedad<sup>10</sup>.

¿Qué fue lo que provocó la caída de este régimen de desigualdad? Basándose en la obra de Mathieu Arnoux *Les temps des laboureurs*, Piketty atribuye el fin de la servidumbre a la ideología trifuncionalista, ya que presupone un estado «unificado» de trabajo (libre)<sup>11</sup>. De esta forma, el orden ternario sucumbió lentamente a su propia lógica ideológica. En

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 77, 85-86, 60-61.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 68-69. Véase Mathieu Arnoux, *Le temps des laboureurs. Travail, ordre social et croissance en Europe: 11e-14e siècle*, París, 2012.

esta transformación desde dentro, la Iglesia actuó como fuerza centrífuga: al ser la mayor propietaria de bienes y guardiana de los registros, su elaboración del derecho económico (matrimonial y de sucesiones) constituyó la base de los códigos de propiedad capitalistas de la época moderna. La Revolución Francesa supuso la «ruptura emblemática» con el trifuncionalismo, «un experimento de transformación acelerada». Pero, según este relato, solo fue uno de los muchos caminos posibles. Para evaluar su coherencia interna, Piketty se apoya en *The Great Demarcation*, de Rafe Blaufarb, quien considera la separación constitucional de la propiedad y el poder en dos esferas diferenciadas (la primera de las cuales se transfería al propietario individual y la segunda al Estado) como el logro fundamental de la Revolución Francesa<sup>12</sup>.

Sin embargo, una cosa era la abolición nominal del orden feudal (lo que sucedió durante la sesión de la Asamblea Constituyente del 4 de agosto de 1789) y otra muy distinta hacerla efectiva. Desenmarañar, separándolas entre sí, la *seigneurie privée* de la *seigneurie publique* para identificar la base contractual legítima de la propiedad privada no solo era una cuestión difícil, ya que la propiedad feudal implicaba múltiples jerarquías superpuestas de rentas, cuotas, usos, ingresos, derechos y deberes, sino también explosiva, como demostró el hecho de que la Asamblea se viera desplazada por la Convención radical. El temor a que la propiedad se viera socavada actuó como un poderoso freno a la Revolución. De hecho, la «ideología propietaria» que surgió de ello estaba animada por la idea de que cualquier redistribución era una caja de Pandora que nunca debía abrirse, temores que en cierto modo se vieron confirmados por el comportamiento de los *enragés*, según da a entender Piketty. Iniciativas más audaces en pro de una mayor igualdad económica, como la propuesta de Tom Paine de una renta universal financiada con un impuesto de sucesiones del 10 por 100, o el más modesto del 5 por 100 sobre las rentas altas propuesto por Condorcet, representaban un camino que en la década de 1790 no se transitó. En cambio, la Revolución Francesa instituyó un sistema regresivo: cuatro onerosos impuestos directos y un impuesto de

---

<sup>12</sup> Rafe Blaufarb, *The Great Demarcation: The French Revolution and the Invention of Modern Property*, Oxford, 2016. Para Blaufarb esto supone la defenestración de las «interpretaciones marxistas», pp. 8-10. Al parecer, no es consciente de que marxistas como Ellen Meiksins Wood ya observaron hace tiempo que la separación entre el poder político y el económico, unidos bajo el feudalismo, es la «característica definitoria del capitalismo», Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism*, Londres, 1991, pp. 8, 24, 72-73; ed. cast.: *La pristina cultura del capitalismo: Un ensayo histórico sobre el Antiguo Régimen y el Estado moderno*, Madrid, 2018.

sucesiones, fijado en el 1 por 100, que apuntalarían la trayectoria antiigualitaria de los siguientes cien años. Esto explica que en vísperas de la Primera Guerra Mundial hubiera una mayor concentración de riqueza en la cúspide de la sociedad que al término de la Revolución Francesa: si entonces el 1 por 100 más rico poseía aproximadamente el 45 por 100 de la totalidad de la propiedad privada, en 1910 esta cifra era casi del 55 por 100. Las elites de la Tercera República «usaron y abusaron» de la idea de que la Revolución había convertido a Francia en un país igualitario, repitiéndola hasta la saciedad. En realidad, se había transformado en una «sociedad de propiedad burguesa»<sup>13</sup>.

Otras sociedades «ternarias» tomaron caminos diferentes para llegar al mismo destino. En Gran Bretaña, el acuerdo constitucional de 1688 sentó las bases para el predominio de la aristocracia terrateniente en ambas cámaras del Parlamento hasta principios del siglo xx. Gran Bretaña era una de las sociedades más desiguales de Europa: en 1880 apenas siete mil familias nobles (menos del 0,1 por 100 de la población) poseían el 80 por 100 de las tierras. Pero la intención de Piketty no es ahondar en la persistencia del antiguo régimen, sino en la forma en que el país, a pesar de todo, experimentó una transformación repentina de su ideología política nacional. El rechazo en 1909 por parte de los lores de los «Presupuestos del Pueblo» presentados por el gobierno liberal desencadenó una crisis que culminó con la *Parliament Act* de 1911, la cual restringió de una vez por todas el poder de veto de la cámara aristocrática. En Suecia, la nobleza terrateniente mantuvo su cuasi monopolio del poder político hasta 1911. A partir de 1921 el sufragio universal condujo rápidamente a una ulterior transformación y Suecia pasó de ser una sociedad «extremadamente desigual» para convertirse en una sociedad socialdemócrata dirigida por el Partido Socialdemócrata Sueco. En ambos países, las transformaciones se produjeron por vía parlamentaria sin que se produjera una agitación revolucionaria<sup>14</sup>.

### *Esclavitud y colonialismo*

Aunque las trayectorias fueron variadas, en todos estos casos el orden ternario dio lugar a una sociedad propietarista caracterizada por una gran concentración de la riqueza. En vísperas de la Primera Guerra

---

<sup>13</sup>T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 123, 109, 140-147, 127, 151.

<sup>14</sup>*Ibid.*, p. 189.



Mundial, en el Reino Unido el 1 por 100 más rico de la población poseía el 70 por 100 de la riqueza privada, en Suecia la cifra era del 60 por 100 y en Francia del 55 por 100. Esto obedecía en parte a la concentración de la propiedad de la tierra, si bien la tierra agrícola representaba ya por entonces apenas el 5 por 100 de la riqueza privada total en el Reino Unido y no más del 15 por 100 en Francia y Suecia. Los bienes inmuebles urbanos, las acciones y las inversiones en el extranjero constituían ahora la mayor parte de la riqueza privada. La ideología que justificaba este régimen de desigualdad se basaba en la noción de la emancipación individual a través de los derechos de propiedad, supuestamente abiertos a cualquiera. A diferencia de las sociedades trifuncionales, las sociedades propietaristas se consideraban a sí mismas como sociedades basadas en la igualdad de derechos. Sin embargo, en última instancia el propietarismo era una ideología inigualitaria que, en su forma más dura, servía simplemente para justificar la dominación social. Los ricos podían justificar su posición frente a la masa de trabajadores por su talento y esfuerzo, mientras que los Estados más opulentos podían legitimar su poder sobre los países más pobres aduciendo la superioridad de sus leyes e instituciones<sup>15</sup>.

Estas altas concentraciones de riqueza se formaron en parte en razón de la «extrema desigualdad» de las sociedades esclavistas y coloniales. Piketty no centra su atención en la relación existente entre la producción esclavista y la revolución industrial –una cuestión clave desde la aparición de la obra de Eric Williams *Capitalism and Slavery* (1944)–, sino en las formas en que las «sociedades propietaristas» gestionaron la abolición de la esclavitud. Tras la rebelión de los esclavos en Jamaica en 1831 y la abolición formal de la esclavitud dos años después, el gobierno británico compensó a sus cuatro mil propietarios de esclavos con 20 millones de libras por la manumisión de sus ochocientos mil esclavos, principalmente situados en las Indias Occidentales. Piketty considera que Saint-Domingue, la colonia francesa más próspera del Caribe en la década de 1780, fue quizá la sociedad más desigual «de toda la historia». Allí, la revuelta de 1791 obligó a la Convención revolucionaria de París a abolir la esclavitud en 1794 propiciando la primera lucha victoriosa de la población negra por la independencia, que conquistaron en 1804. El embargo militar francés exigió un alto precio por ello: en 1825, Haití aceptó pagar a sus antiguos amos 150 millones de francos de oro a modo de compensación. Los pagos continuaron hasta la década de 1950 a los acreedores franceses y, luego, a los estadounidenses, que ocuparon la

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 194-198.

isla en parte para asegurarse los cobros. Estados Unidos fue la excepción: Piketty especula con la tesis de que la solución «propietarista» de la compensación fue excluida allí debido simplemente al tamaño del sistema (nada menos que 4 millones de esclavos en 1860, o un tercio de la población del Sur de Estados Unidos, cuyo «valor de mercado» superaba el 250 por 100 de los ingresos anuales de la región)<sup>16</sup>.

En el mundo colonial comprendido en sentido amplio, *Capital e ideología* distingue entre regímenes de colonización blanca «extremadamente violentos», ejemplificados por la Argelia francesa y la Sudáfrica británica, con altos niveles de desigualdad (el 10 por 100 de la población extraía cerca de dos tercios de los ingresos totales entre 1930 y 1950), y el modelo más genérico de los imperios transcontinentales de finales del siglo XIX, donde las colonias eran gobernadas por un pequeño grupo de europeos. El caso paradigmático en este sentido fue el de la India, donde menos de doscientos mil soldados y funcionarios británicos dominaban a más de trescientos millones de habitantes. ¿Cómo fue esto posible? Piketty argumenta que, tras el aplastamiento del motín de 1857, el dominio británico dependía menos de la «fuerza militar bruta» que de la construcción de una ideología de «superioridad cognitiva, intelectual y civilizatoria». En sus censos decenales, los británicos no solo pretendían delinear la propiedad y las relaciones sociales de sus súbditos, sino que —y aquí Piketty se basa en *Castes of Mind* (2011), de Nicholas Dirks— las alteraron, imponiendo sus propias concepciones por encima de las matrices supuestamente más laxas de las castas hindúes (*varnas*) y de los grupos ocupacionales (*jatis*). Así, un antiguo orden trifuncional, en el que los sacerdotes brahmanes competían con los guerreros *kshatriyas*, por encima de los *vaishyas* (agricultores, artesanos, comerciantes) y los *shudras* (trabajadores comunes), se transformó en una jerarquía arraigada en la que al menos el 20 por 100 de la población hindú sufría discriminación en el trabajo, la vivienda y la educación<sup>17</sup>.

El contacto con las potencias imperiales occidentales también alteró los antiguos órdenes trifuncionales de Japón, China e Irán, aunque con resultados muy dispares. En Japón, el cambio fue endógeno y se produjo desde arriba: la Restauración Meiji abolió los privilegios legales y fiscales de la nobleza guerrera y emprendió un rápido programa de modernización para evitar la colonización occidental. En China, el cambio fue

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 342-347.

exógeno y se produjo desde abajo: un equilibrio variable entre las élites intelectuales y las administrativas, entre los terratenientes y los guerreros, cedió ante la fuerza combinada de las intervenciones europeas y las revueltas internas que estas alimentaron –las Guerras del Opio, las Rebeliones Taiping y Boxer– antes de la declaración de la república en 1911. En Irán, Piketty menciona la larga historia de resistencia del clero chiíta frente al imperialismo para explicar la revolución de 1979, «un ejemplo sin precedentes» de constitucionalización tardía por parte de un gobierno clerical.

### *Desafío igualitario*

A pesar de su éxito, la alta concentración de riqueza en las «sociedades propietaristas» occidentales planteó desafíos a la propia ideología propietarista en forma de contranarrativas o discursos de oposición en clave socialista, anticolonialista y nacionalista. El eje central de *Capital e ideología* es un análisis del auge y caída de los «contrarregímenes» del siglo xx, que desafiaron el propietarismo en todas sus formas. Entre 1914 y 1945 la desigualdad mundial sufrió una profunda transformación, en tanto el «valor total de la propiedad privada se derrumbó», algo nunca visto en la historia precedente de la desigualdad»<sup>18</sup>. ¿La causa? Las políticas aplicadas, que incluyeron nacionalizaciones, la expropiación de activos extranjeros, el control de rentas y precios y, sobre todo, una fiscalidad progresiva, que conoció tipos máximos de entre el 60 y el 80 por 100. Además de financiar los presupuestos, los impuestos redistribuyeron la riqueza introduciendo un mayor gasto social en educación, sanidad, pensiones y otras transferencias. Por supuesto, había a este respecto variaciones importantes. Piketty señala la «socialdemocracia de saldo» de Estados Unidos y el hecho «paradójico» de que entre 1932 y 1980 un sistema fiscal más progresivo coincidió en este país con un «sistema social menos ambicioso» que en la mayor parte de Europa. A pesar de todo, en Estados Unidos la cuota de riqueza del 10 por 100 más rico se redujo del 90 por 100 en 1914 al 63 por 100 en la década de 1980 (antes de subir al 74 por 100 en 2015)<sup>19</sup>.

El comunismo soviético, según Piketty, representó el mayor de los desafíos a la ideología propietarista y, en razón de ello, supuso también la

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 420-423.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 419.

mayor de las decepciones igualitaristas. El PIB per cápita ruso pasó de representar alrededor del 35 por 100 de los niveles registrados en Europa Occidental antes de 1917 al 60 por 100 en la década de 1950 con el consiguiente aumento del nivel de vida a través de la inversión pública en transporte, educación, ciencia y salud. Aunque el crecimiento se estancara a partir de la década de 1960, Piketty admite que la Unión Soviética siguió siendo un adversario del colonialismo y del racismo hasta la década de 1970<sup>20</sup>. Sin embargo, el carácter «absurdo» del sistema ya era evidente a finales de la década de 1920, cuando pasó a criminalizar a carreteros, artesanos y otros pequeños trabajadores independientes por seguir ejerciendo el comercio. En 1953, más de la mitad de los encarcelados bajo el régimen de Stalin lo estaban por «robo de la propiedad socialista» y por hurto, lo cual constituye en opinión de Piketty una imagen especular contemplada desde abajo del saqueo que acompañó a la caída de la URSS en 1991, así como de los excesos oligárquicos de la nueva Rusia. Su análisis de la nueva China, por su parte, señala que, aunque allí la cuota pública del capital ha ido reduciéndose —desde el 70 por 100 que representaba en 1978 se estabilizó en el 30 por 100 a partir de 2005—, continúa siendo significativamente mayor que en Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia y Japón, donde la participación pública en el capital apenas alcanza el 10 por 100. Desde este punto de vista, China sigue estando a medio camino entre el «comunismo y la plutocracia»<sup>21</sup>.

Las tentativas del siglo XX para combatir la desigualdad fracasaron en la década de 1980 a medida que las rentas altas se disparaban y los tipos impositivos se reducían. La era socialdemócrata dio paso a una forma de neopropietarismo. Piketty ya rastreó el crecimiento de las rentas altas en *El capital en el siglo XXI*, pero ahora añade los efectos de las políticas de creación de dinero de los bancos centrales después de 2008. La expansión cuantitativa hizo que el balance de la Fed pasara del 5 al 20 por 100 del PIB estadounidense entre 2007 y 2018, mientras que en el mismo periodo el del BCE se disparó del 10 al 40 por 100 del PIB de la zona euro. Parece probable que entre los efectos a largo plazo haya que incluir el de una concentración aún mayor de la riqueza. Pero una situación en la que «todos los actores económicos están endeudados entre sí» y el sector financiero crece más rápido que la economía real es básicamente frágil e insostenible. La ideología neopropietarista es hipermeritocrática; está basada en la glorificación de los multimillonarios —como si Gates

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 578, 586, 590.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 606-622.

o Zuckerberg hubieran inventado ellos solos los ordenadores y la amistad— y en una magnífica narrativa acerca del fracaso del comunismo, así como en un reiterado temor «pandoriano» sobre a dónde nos puede llevar la redistribución. Es el mismo temor que Hayek teorizó en *Derecho, legislación y libertad*<sup>22</sup>.

La sección final de *Capital e ideología* describe el vaciamiento de las coaliciones electorales que sostenían la socialdemocracia durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por el progresivo deslizamiento de los principales partidos de masas hacia las facciones de elite de una «izquierda brahmánica» poseedora de alto nivel educativo y de una «derecha mercantil» adinerada. La fusión de ambas en un «bloque burgués» bajo el liderazgo de Macron en 2017 hace presagiar realineamientos similares en otros lugares, mientras los «perdedores de la globalización» reaccionan a los llamamientos que mezclan la redistribución con el «nativismo social». Solo una nueva ideología puede combatir esta «trampa identitaria»: un socialismo participativo adecuado a un mundo global incorporado a un «federalismo social» supranacional. Piketty pasa a continuación a esbozar los principales ejes de este programa internacionalista. El primero es el reparto del poder —o la cogestión— a escala de la empresa (una característica clave de los modelos alemán, austriaco y nórdico en los que un tercio de los puestos en los consejos de administración de las grandes empresas están reservados a los trabajadores). Piketty cree que esto ha limitado las desigualdades salariales al poner coto al crecimiento de la remuneración de los ejecutivos. Para Piketty, la ampliación de estos sistemas de «propiedad social» debería ser una cuestión prioritaria<sup>23</sup>.

Su segunda demanda es la igualdad de acceso a la educación superior. Aquí la solución no consiste solo en una mayor financiación pública, sino en lo que Piketty llama una «dotación de capital universal». Financiada con un impuesto muy progresivo sobre la propiedad y la herencia, podría sufragar un pago único significativo a cada persona a la edad de 25 años, abriendo «sus posibilidades de adquirir una vivienda o iniciar una actividad económica». Los partidos de la izquierda en sentido amplio deben invertir el rumbo para llegar más allá de los votantes con estudios; si no lo hacen, los aspirantes «nativistas sociales» seguirán ganando fuerza<sup>24</sup>. Por

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 697-702, 706-710.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 499, 501, 486.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 981-984. Piketty lee los resultados de la primera vuelta de las elecciones francesas de 2017 como una división en cuatro bloques que agruparían a los

último, un impuesto progresivo permanente debería recaer sobre la renta y la riqueza, incluyendo los activos financieros, que constituyen el grueso de las principales fortunas hoy en día. Los impuestos sobre la riqueza requieren de una coordinación internacional a fin de evitar una «competición a la baja» en el ámbito de la política tributaria. La globalización es irreversible, pero la liberalización de los flujos de capital iniciada en la década de 1980 debe ir acompañada de sistemas globales de regulación y fiscalidad, que levanten el velo de secretismo que protege a los ricos mediante la puesta en común automática a través de un «registro financiero público» obligatorio de la información sobre quién posee qué activos de capital. Si fuera capaz de crear y aplicar normas con este objetivo, la UE podría convertirse en un modelo de federalismo social a escala mundial, pero para ello antes deberá democratizarse en profundidad. Piketty se basa en el *Manifiesto por la democratización de Europa*, en cuya redacción participó y cuyas propuestas son parangonables con las del *National Popular Vote Interstate Compact* (NPVIC) propuesto en Estados Unidos, para sugerir la creación de una nueva Asamblea Europea compuesta por representantes de los parlamentos nacionales. Este esquema podría ser adoptado inicialmente por un subconjunto de países sin necesidad de modificar para ello los tratados europeos existentes<sup>25</sup>.

### *Tensiones internas*

*Capital e ideología* es una obra de una enorme ambición histórica y teórica. Su marco proporciona un escenario donde desplegar la impresionante riqueza de los conocimientos estadísticos de Piketty. En cada capítulo, Piketty dirige grandes ejércitos de datos que iluminan las tendencias comparativas de la riqueza y la renta, tanto entre las distintas sociedades como en el interior de cada una de ellas, y ello tanto en el espacio como en el tiempo. Estos datos los relaciona, de manera más o menos acertada, con otros parámetros: educación y voto, impuestos y gasto público, raza, religión y casta. La narración tiene destellos de perspicacia analítica, generalmente más agudos cuanto más se acercan

partidos conforme a distintas líneas ideológicas: el bloque de los internacionalistas igualitaristas liderados por el partido de Mélenchon (28 por 100 de los votos), el bloque de los internacionalistas no igualitaristas de Macron (24 por 100), el bloque de los nativistas no igualitaristas liderados por Fillon (22 por 100) y el bloque de los nativistas igualitaristas de Le Pen (26 por 100); un programa de izquierda igualitarista podría reagrupar estos cuartiles en una nueva coalición mayoritaria.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 557-558. Véase Stéphanie Hennette, Thomas Piketty, Guillaume Sacriste y Antoine Vauchez, *Pour un traité de démocratisation de l'Europe*, París, 2017.

a Francia, donde Piketty ha demostrado más de una vez tener una vena independiente: ha asesorado sobre determinadas políticas al Partido Socialista, pero sin llegar a ingresar en él. También es mordaz cuando habla del impuesto sobre el carbono de Macron, desencadenante de la revuelta de los *gilets jaunes* en 2018, al señalar que el combustible para barcos mercantes y aviones quedaba exento del tributo.

Si bien es cierto que en una obra de esta envergadura es inevitable que haya algunas contradicciones, la principal crítica que se le puede hacer a *Capital e ideología* es la forma en que ambos conceptos están integrados en la propia estructura del libro, que se desarrolla a lo largo de mil páginas al hilo de un forcejeo continuo entre los dos términos del título. Ante la ausencia de una conceptualización coherente de ninguno de los componentes de la diada capital-ideología, resulta difícil establecer entre ambos una dinámica o relación, siquiera imprecisa. La *ideología* es invocada para explicar no solo cómo se mantiene la posesión desigual del *capital* en una sociedad determinada, sino también para desentrañar cómo un régimen de desigualdad «evoluciona» y se convierte en otro régimen diferente: en el cambio, el poder político está en todo momento «estrechamente relacionado» e «inextricablemente entrelazado» con la propiedad sin ser en ningún caso simplemente reductible a ella. Piketty defiende así la primacía de lo político y lo ideológico sobre lo socioeconómico, pero la mayoría de las veces lo hace mediante afirmaciones y no con demostraciones. Por añadidura, precisamente en los momentos de discontinuidad histórica cuyas causas subyacentes pretende explicar, suele renegar de tales afirmaciones. Estas ambigüedades en su tesis dan lugar a una constante oscilación del razonamiento causal.

Tras sostener que el feudalismo decayó entre las brumas de las *mentalités* en torno a la dignidad del trabajo, al igual que el capitalismo surgió de las nociones económicas y jurídicas de eruditos eclesiásticos, Piketty anuncia que «los procesos y puntos de inflexión posteriores revelan algunas otras especificidades de la trayectoria europea, que sin duda fueron mucho más decisivas». Y aquí se introduce una segunda variable, sin conexión evidente con la anterior: la capacidad de los Estados centralizadores para imponer tributos, gastar e innovar, basada en la competencia militar entre los países de Europa, tuvo un «impacto directo» en la conquista colonial, la industrialización y la estructura de la desigualdad moderna. El proceso se repite en todo el mundo. En la India, el censo decenal que implantaron los británicos, basado en las

castas, se considera una proyección orientalista de «superioridad civilizatoria», hasta que se revela que su «objetivo principal» es identificar a los estratos gobernantes locales y extraer impuestos<sup>26</sup>. Estas ambigüedades conceptuales y causales son más evidentes en lo que concierne a la Primera Guerra Mundial, que constituye el enigma histórico central de la obra. Esta cesura no fue un «acontecimiento exógeno catapultado a la tierra desde Marte», siendo «posiblemente» causado por graves desigualdades y tensiones sociales». Pero tampoco fue, afirma Piketty, un resultado inevitable de las mismas. Lo que siguió a continuación –la Revolución Rusa, el *New Deal* estadounidense, el impuesto progresivo sobre la renta en Francia– surgió en cambio de una nebulosa de «cambios político-ideológicos» y luchas sociales<sup>27</sup>.

Para reconstruir las formas en que interactúan el capital y la ideología en esta obra tiene sentido señalar primero cómo opera cada término por separado. Tal y como señaló James Galbraith en una reseña de *El capital en el siglo XXI*, Piketty no solo rechaza la concepción marxista del capital como un conjunto históricamente específico de relaciones o procesos sociales, sino que acepta una definición más o menos neoclásica del mismo. El capital se convierte en un factor de producción cuantificable, físico, que él integra en «todas las formas de riqueza con valor monetario», «en uso productivo o no», y que se aplica con la misma facilidad al pasado remoto y al presente, tanto a un campo labrado por campesinos en la Francia feudal como a una segunda vivienda en los Hamptons<sup>28</sup>. Aunque *Capital e ideología* dedica más atención al poder que trae consigo la propiedad, nada distingue la forma que este poder adopta *en tanto que capital*: el imperativo de competir en el mercado, de invertir y reducir los costes para obtener beneficios, para dirigir una mano de obra dependiente del trabajo asalariado. La visión de Piketty del capital sigue siendo puramente aditiva, al igual que sus mediciones del mismo<sup>29</sup>.

El «capital» de Piketty es, por esta razón, curiosamente inerte: ni él ni sus portadores persiguen, ahogan, desgarran, conjuran, revolucionan o

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 97, 340.

<sup>27</sup> Cf. *ibid.*, pp. 424 vs. 462-469. «Cualquier crisis financiera similar a la de 1929 habría bastado para producir cambios políticos análogos a los del *New Deal* incluso en ausencia de la guerra mundial», *ibid.*, p. 466.

<sup>28</sup> James Galbraith, «*Kapital* for the Twenty First Century», *Dissent*, primavera de 2014. Véase también, David Harvey, «Afterthoughts on Piketty's Capital», *Challenge*, vol. 57, núm. 5, diciembre de 2014.

<sup>29</sup> T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 265, 266.



aniquilan nada. Basta con parpadear para perderlo de vista. El capitalismo, llega a decir, no es más que «la forma particular que asumió el propietario en la era de la industria pesada y de las inversiones financieras internacionales», desplegada aproximadamente entre 1850 y 1914, antes de transformarse en socialdemocracia durante varias generaciones y luego reaparecer en una forma «hiperglobalizada digital» después de 1990. En un libro que nos ofrece formas posibles de «trascender» el capitalismo, esta delimitación histórica que se hace de él tiene su importancia, porque, ¿cómo si no podríamos evaluar los planes del autor para superar el capitalismo con vistas a un «socialismo participativo»? De la misma manera, esto también incide en la tesis de Piketty sobre el propio «orden propietario», ya que al eludir los debates sobre la transición al capitalismo, que giran en torno a cambios mucho más tempranos y lentos acaecidos en las áreas rurales inglesas y holandesas a partir del siglo xv o en el crecimiento de las ciudades y el comercio medievales<sup>30</sup>, adopta una definición funcional que es demasiado restrictiva desde el punto de vista temporal. También es intrínsecamente indiferenciada. De acuerdo con este relato, el capital es una abstracción hipostasiada: *los capitales*, en plural (inmobiliarios o mercantiles, industriales, financieros o nacionales), nunca chocan entre sí, mientras que, por su parte, el propietario se presenta como algo plano y carente de fricción, como si en él no operara ningún régimen de desigualdad anterior o incipiente. En consecuencia, Piketty divide las sociedades esclavistas, colonialistas y propietaristas en categorías distintas, cuando el hecho es que eran coextensivas<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> Piketty atribuye a los pensadores marxistas «la teoría que sostiene que la transición del “feudalismo” al “capitalismo” se produjo como una respuesta más o menos mecánica a la Revolución Industrial», ignorando al parecer los principales debates entre historiadores marxistas (y no marxistas). Véase Robert Brenner, «Property and Progress: Where Adam Smith Went Wrong», en Chris Wickham (ed.), *Marxist History Writing for the Twenty First Century*, Oxford, 2007, pp. 49-55.

<sup>31</sup> De acuerdo con la lectura que hace Piketty, el *Père Goriot* de Balzac muestra que, en esta nueva era, «lo que contaba era el tamaño de la fortuna de uno, no la mezcla o el origen de las propiedades que contenía»: T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 171-172. Sin embargo, lo que sucede es lo contrario: no todas las formas de riqueza son equivalentes en la historia de Balzac, aunque sus personajes a menudo desearían que lo fueran. Goriot, un comerciante de fideos que hizo su fortuna durante la Revolución, ya no es bienvenido en las casas de sus hijas en 1819. Madame de Beauséant se ensaña con la más joven de ellas, Madame de Nucingen —esposa de un banquero ennoblecido— por la forma en que sus pestañas, sus manos e incluso sus anteojos de ópera revelan «el parecido con Goriot». El dinero facilita su ascenso, pero sus orígenes sociales se les adhieren como la harina a quienes pretenden ascender en la escala social del París de la Restauración.

Piketty pretende negar a las fuerzas económicas un papel causal en la historia. Sin embargo, al despojarlas de toda motilidad, lastra el propio objetivo de su libro: ¿cómo podemos calibrar su afirmación acerca del peso relativamente menor de las fuerzas económicas en comparación con la ideología sin tener una noción de las características particulares de las primeras? La financiarización es quizá el vector clave para entender tanto los puntos fuertes como las debilidades de su enfoque. Piketty recopila pruebas estadísticas abrumadoras de la importancia creciente de los activos financieros, pero no llega a hacer un seguimiento histórico o teórico de las dinámicas que la motivaron, ni de los cambios en la composición del capital que esta evolución presagiaba. Los registros de las herencias en Francia y Gran Bretaña revelan el creciente peso de los activos financieros como porcentaje de la renta nacional y como valores en cartera durante el periodo de la *belle époque*. Solo en París, los activos financieros representaban el 62 por 100 de las herencias en 1912<sup>32</sup>. Las inversiones extranjeras se incrementaron en gran medida. En 1914, los activos exteriores netos de Gran Bretaña representaban el 190 por 100 de la renta nacional y en Francia el 120 por 100. Piketty calcula que los activos exteriores ascendían a la cuarta parte de toda la riqueza privada francesa y británica. Alemania, por su parte, a pesar de su creciente peso industrial, no poseía más allá del 40 por 100 de sus ingresos en el extranjero.

Las rivalidades coloniales desempeñaron un «papel central» a la hora de exacerbar las tensiones entre las grandes potencias en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial, subraya Piketty. Pero, ¿cuál fue la naturaleza exacta de este papel? *Capital e ideología* es vago al respecto. Los altos rendimientos de las inversiones extranjeras francesas y británicas «impulsaron el nivel de vida en las dos potencias coloniales o, más precisamente, en ciertos segmentos de su población». Pero queda sin explorar la posibilidad obvia que esto plantea, esto es, el hecho de que «ciertos segmentos» tuvieran interés en perseguir la expansión imperial, lo cual les colocaba en una situación de conflicto con el 50 por 100 de la población dotada de menos recursos o con el 1 por 100 superior de otras naciones. El «sentido de acumular activos exteriores —concluye— es que luego puede incurrirse en déficits comerciales». Pero no presenta ninguna prueba en este sentido y acto seguido debe admitir que China, Alemania y Japón, que hoy en día poseen un gran volumen de participaciones financieras netas, también tienen superávits comerciales<sup>33</sup>. En la

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 133, 138.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 133, 277-279, 429, 284-285.

Gran Bretaña de finales del siglo XIX, el creciente déficit comercial, que se cubría con ingresos invisibles, alarmaba a muchos fabricantes: un problema que Joseph Chamberlain, industrial y ardiente imperialista, trató de encauzar en sus campañas para derrocar el orden liberal del libre comercio, que definía la política nacional británica a principios del siglo XX.

### *Estructuras ideológicas*

A falta de una explicación económica plausible de la financiarización, se inserta otra de tipo psicopolítico para describir sus efectos: la acumulación galopante «despertó naturalmente la envidia». En este punto, el «teórico» del imperialismo que elige Piketty es Hitler, cuyo «análisis cuasi racional» de la envidia imperial alemana en *Mein Kampf* (1925) es «difícil de negar»<sup>34</sup>. El *locus classicus* que se echa en falta aquí es J. A. Hobson, el economista heterodoxo de tinte liberal-socialista que vinculó las estadísticas y las políticas que fascinan a Piketty al tipo de análisis concreto que a este se le escapa. En *Imperialism* (1902), Hobson argumentaba que la «mala distribución de la capacidad de consumo» en Gran Bretaña propiciaba entre los ricos un ahorro excesivo y la búsqueda de mayores tasas de rentabilidad en el extranjero: las finanzas eran, por lo tanto, las que «gobernaban el motor imperial». Hobson no solo abogaba por impuestos redistributivos para cortar el suministro de combustible al mencionado motor, sino que tomaba en consideración la existencia de factores ideológicos fundamentales para explicar sus impulsos. La prensa, los partidos políticos, la publicidad, las escuelas, las iglesias, el ejército y la armada o disciplinas académicas como la biología, la sociología y la economía: todos ellos «moldean la opinión pública y las políticas públicas» para promover «la dominación y la codicia», y «para tejer finas y convenientes teorías acerca de la lucha racial para la subyugación de los pueblos inferiores»<sup>35</sup>.

La ideología, en este sentido más amplio, está en gran medida ausente en *Capital e ideología*, que se centra sobre todo en dos de sus elementos: las políticas de los partidos y las cuotas de votos, por un lado, y la legislación sobre la propiedad y los impuestos, por otro. No hay una explicación sistemática del papel que juegan los «aparatos ideológicos del Estado», ni de las instituciones sociales a las que Hobson se refiere.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 476-477.

<sup>35</sup> John A. Hobson, *Imperialism: A Study*, Londres, 1902, pp. 82, 91, 221-222; ed. cast. John A. Hobson, *Estudio del imperialismo*, Madrid, 1981.

De las ideas –que son las que en cada caso fundamentan o impugnan el consentimiento ante las políticas, el partido, los impuestos, las leyes o el Estado– no se mencionan más que vagas generalidades. La Ilustración se despacha con un párrafo. El propietario en cuestión se basa en la «simple noción» de que «el fin del orden social y político es proteger los derechos de propiedad privada en aras de la emancipación individual y la estabilidad social». Se trata de una afirmación «plausible», escribe Piketty. A falta de unas referencias más claras, la «ideología» aparece como un espejo del «capital»: lineal y uniforme, con la misma función en la China de la era Qing que en la Francia de la década de 1980: la de «justificar y estructurar las desigualdades»<sup>36</sup>. En primer lugar, esto supone pasar por alto el hecho de que la ideología debe alterar su propia forma en función de los medios de que dispone en cada momento: las justificaciones de la desigualdad en una sociedad campesina difieren de las que se verifican allí donde la mitad inferior del cuerpo social está alfabetizada, vive en las ciudades, vende su fuerza de trabajo y vota. Y, en segundo lugar, curiosamente, también supone asumir que esta justificación debe ser muy directa. Sin embargo, según afirma el propio Piketty en uno de los pasajes más sorprendentes del libro, el chauvinismo republicano de la Francia de la Tercera República actuó no tanto para justificar la desigualdad como para *ocultarla*<sup>37</sup>.

Si al «capital» no se le otorga casi ningún papel a la hora de explicar las crisis políticas, a la «ideología» vagamente definida se le otorga más peso del que puede soportar. La abolición de la esclavitud es el episodio clave que ilustra el «dominio» que el propietario ejercía sobre las mentes de mediados del siglo XIX: para evitar abrir la caja de Pandora de las relaciones de propiedad, se compensó a los esclavistas, pero no así a los esclavos. Piketty recurre a un crudo economicismo –el alto precio de los esclavos– para explicar la excepción estadounidense<sup>38</sup>. Pero en Estados Unidos la emancipación nunca amenazó el dominio de la propiedad privada. Lo que estaba en juego eran, por el contrario, las prerrogativas políticas de determinados tipos de propiedad –las industrias del Norte, las granjas del Oeste y las plantaciones del Sur– y las vías de desarrollo que se les abrían. La Guerra Civil estadounidense fue una empresa nacionalista que se emprendió para preservar la Unión y en este sentido puede parangonarse

<sup>36</sup> T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 189, 123, 352, 955.

<sup>37</sup> El descubrimiento inesperado de que la desigualdad era mayor en 1914 que en 1815 «me impresionó profundamente como investigador y como ciudadano», escribe Piketty; *ibid.*, p. 139.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 213, 222, 210, 236-238.

con la unificación de Alemania bajo el mandato de Bismarck. Al final de la contienda el propio Jefferson Davis ofreció acabar con la esclavitud, si con ello se permitía sobrevivir a la Confederación.

La socialdemocracia es el siguiente campo de pruebas de la ideología, lo cual explica tanto su surgimiento de las cenizas del propietarismo como su declive a partir de 1980. Aquí la clave es Karl Polanyi: la descripción de las crisis de entreguerras presente en *La gran transformación* se ajusta a la visión de la desigualdad a largo plazo de Piketty, si bien Polanyi identifica el liberalismo del *laissez-faire* –en lugar de un «propietarismo» de más amplio espectro– como la causa de la ola autodestructiva de mercantilización que se extendió desde la Inglaterra del siglo XIX<sup>39</sup>. Sin embargo, el despliegue selectivo que se hace aquí de Polanyi en realidad agrava la confusión sobre los niveles de causalidad que operan en el núcleo de *Capital e ideología*. En él, los «contramovimientos» socialdemócratas que «reinsertaron» los mercados en la sociedad no aparecen como efecto de las crisis del capital en general, ni de la ideología, ni siquiera de la mercantilización, sino como la expresión más o menos directa de la propia desigualdad, que opera a través de la «sociedad». Al final, la fórmula  $r > g$  sigue operando discretamente en el trasfondo –disfrazada en el doble movimiento–, a pesar de los esfuerzos de Piketty por exorcizar el espíritu determinista de su ley original del capital.

A raíz de ello, los agentes políticos realmente implicados se libran de cualquier análisis exhaustivo. El Partido Liberal Británico, por ejemplo, es descrito de forma asombrosamente acrítica. Piketty lo presenta como la única fuerza favorable a la reforma electoral, aunque no patrocinó el proyecto de ley de 1867 para ampliar el derecho de voto y dirigió la persecución contra las sufragistas; y lo perfila como el artífice de la reforma constitucional radical de 1911, cuando lo cierto es que se trató de un simple amaño político que dejó a la Cámara de los Lores con poderes no solo «ceremoniales» sino bien reales, incluyendo el poder de veto suspensivo. Los líderes liberales son presentados en *Capital e ideología* como defensores de Irlanda, cuando fueron responsables no solo de la Hambruna y de la *Coercion Act* de 1881, sino también de la represión del Alzamiento de Pascua de 1916 de la mano del gobierno de Asquith y de

---

<sup>39</sup> Los «orígenes del cataclismo se encuentran en el proyecto utópico del liberalismo económico de establecer un sistema de mercado autorregulado», Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Boston (MA), 2001, p. 31; ed. cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Barcelona, 2016.

la guerra de contrainsurgencia contra la República de Irlanda, que terminó con su partición en 1922, ya durante el gobierno de Lloyd George. Por último, de la decisión de los liberales de sumir al país en la Primera Guerra Mundial no hay ni una sola mención.

De esta forma, la inevitabilidad polanyiana —el funcionamiento mecánico de la «desigualdad» en la producción de contramovimientos y discursos de oposición— pone a los partidos socialdemócratas emergentes a salvo de cualquier escrutinio. Después de 1918, los políticos y el pueblo exigieron, «como es natural», explicaciones a las elites que se habían enriquecido mientras llevaban al mundo a la guerra. Parecía «obvio» que las categorías sociales más favorecidas tendrían que pagar más impuestos. Era «imposible» no esperar que las clases privilegiadas reconstruyeran el país y allanaran el camino hacia una sociedad más justa<sup>40</sup>. Natural, obvio, imposible no hacerlo: de este sereno paisaje de consenso, Piketty ha borrado no solo la trayectoria imperialista de los liberales, sino también las de los demás partidos nominalmente progresistas durante el periodo posterior a 1945 que analiza. Sin embargo, lo cierto es que sus actitudes hacia los vastos imperios aún bajo su control —y respecto a la posterior descolonización efectuada en el contexto de la Guerra Fría— dieron forma y marcaron los límites a los Estados del bienestar que construyeron.

El fin del Imperio se trata como otro inevitable contramovimiento polanyiano. Después de 1945, resultaba «claro para todo el mundo (excepto quizá para algunos colonos europeos) que no habría un regreso al imperio colonial que había existido antes de la guerra». Sin embargo, lo cierto es que esto no estaba claro en absoluto. Los franceses masacraron a cuarenta y cinco mil argelinos en Sétif y sus alrededores en 1945 precisamente por su negativa a celebrar la rendición de Alemania ante los Aliados en mayo. Al comenzar en 1946 la guerra en Indochina, el apoyo parlamentario a la misma fue casi unánime, con la única oposición del PCF; y en lo que respecta a Argelia, también el PCF votó a favor de otorgar poderes especiales a Guy Mollet en 1956. Como primer ministro socialista, al tiempo que ampliaba en una tercera semana las vacaciones pagadas a los trabajadores, Mollet lanzó la invasión de Suez e intensificó la guerra en Argelia antes de que su gobierno se derrumbara en mayo de 1957 en plena batalla de Argel. Pero la inevitabilidad vuelve

---

<sup>40</sup>T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 417, 434, 447, 452, 464.

paulatinamente a reafirmarse en el relato de Piketty: después de 1958, a De Gaulle «no le quedó más remedio» que «aceptar la independencia de Argelia»<sup>41</sup>.

Entretanto, el apoyo del Partido Laborista al Estado belicista británico se impuso a su compromiso con el Estado del bienestar, cuando ambos colisionaron entre sí. El envío de tropas a Corea en 1950 hizo que el gasto en defensa se disparara hasta el 11 por 100 del PIB, lo que llevó al gobierno de Attlee a imponer tasas por las gafas y dentaduras postizas provistas por el NHS –el servicio nacional de salud– antes de ser barrido del poder. En cuanto a Estados Unidos, Piketty comenta la «guerra contra la pobreza» de Lyndon B. Johnson, pero no su guerra en Vietnam mucho más cara. Al final, *Capital e ideología* no achaca el declive de las esperanzas igualitarias después de 1980 principalmente a los socialdemócratas, ni a su incapacidad para «comprender plenamente» las consecuencias de la liberalización de los flujos de capital. Por el contrario, la principal responsabilidad del aumento global de la desigualdad durante la década de 1980 se imputa al «catastrófico fracaso» del comunismo soviético<sup>42</sup>. En ningún momento se sugiere que setenta años de cerco armado, invasión, embargos, sanciones y amenaza nuclear por parte de las principales potencias capitalistas puedan haber contribuido a ese resultado. En este punto hay otra posibilidad que queda también por explorar: que el giro a la derecha por parte de la socialdemocracia tenga menos que ver con fallas de índole moral que con la desaparición del bloque soviético en tanto que contrapeso material e ideológico del capitalismo estadounidense.

Paradójicamente, el polanyismo también socava los «puntos de inflexión» cruciales, haciendo hincapié en los caminos no explorados. Una y otra vez, estos sirven para suavizar los lados desagradables del capitalismo, del liberalismo y del imperialismo, que se presentan como contingentes y no necesarios. Así, el imperialismo capitalista podría fácilmente haber tenido un resultado feliz. Si «la Revolución Industrial surgió de los lazos íntimos de Europa» con América, África y Asia, «estas relaciones no tenían por qué ser como fueron», y «podrían haberse organizado de otras muchas maneras, permitiendo el comercio justo, la libre migración de la mano de obra y unos salarios decentes», sin proteccionismo antiindio ni antichino, o incluso sin dominación colonial ni militar. «Este sería,

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 257-258.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 415, 417, 579, 831.

sin duda, un mundo muy diferente del nuestro», reconoce Piketty, antes de recordarnos que «el papel de la investigación histórica es demostrar la existencia de alternativas»<sup>43</sup>. El tono panglosiano es difícil de pasar por alto («soy optimista por naturaleza», confiesa al principio), salvo que en lugar de insistir en que todo es para mejor en este mundo, Piketty sostiene que todo podría haber sido para mejor en otro mundo distinto.

### ¿Perspectivas?

Nada de lo anterior invalida necesariamente las propuestas concretas de *Capital e ideología*. Muchos verán en ellas avances cuantitativos desde nuestro presente neopropietarista en tanto que sus propuestas abogan por facilitar que la riqueza vuelva a circular de nuevo entre las clases, los grupos de edad y los Estados; por exigir para los trabajadores y trabajadoras una mayor participación en la gestión de las empresas; por garantizar más libertad a los jóvenes a través de la dotación universal de capital; y por dotar a los ciudadanos de las herramientas necesarias para proteger estas y otras conquistas sociales de la fuga de capitales y la evasión fiscal. Sin embargo, el abismo que media entre las recomendaciones de Piketty para el «socialismo del siglo XXI» y su escasa consideración de las luchas pasadas para lograr su advenimiento lastra sus propuestas al menos en dos sentidos. En primer lugar, *Capital e ideología* no aclara por qué el 1 por 100 más rico habría de estar de acuerdo en subirse los impuestos para dejar de serlo; y, en segundo, tampoco aclara por qué los partidos que durante medio siglo abandonaron todo empeño por introducir tales impuestos deberían ahora cambiar sus prioridades y menos aún hacerlo de manera coordinada. Ante tales disyuntivas, «la revolución socialista parece francamente más probable», tal y como observó con agudeza un crítico del anterior libro de Piketty<sup>44</sup>.

El camino electoral hacia el socialismo está plagado de peligros aún mayores *después* de la victoria en las urnas, como ilustran las experiencias de Allende en Chile o de la Union de la Gauche en Francia. Los roces

---

<sup>43</sup> Tras aceptar acriticamente la teoría de Kenneth Pomeranz sobre la «gran divergencia», según la cual la explotación colonial de la tierra, la energía y los mercados de exportación permitió a Europa superar los índices de crecimiento de Asia en el camino hacia el despegue industrial registrado en el siglo XVIII, Piketty añade a continuación suficientes «vías alternativas» para socavar por completo esta teoría sin dar cuenta de la discrepancia; *ibid.*, pp. 372-374, 381.

<sup>44</sup> Benjamin Kunkel, «Paupers and Richlings», *London Review Books*, 3 de julio de 2014: la principal crítica del primer libro de Piketty hasta la fecha.



del propio Piketty con el poder deberían haber sido prueba suficiente de los desafíos a los que se enfrentan incluso las medidas igualitarias más suaves: en Francia, la «reforma Piketty» de 2012 consistente en un impuesto del 75 por 100 sobre las rentas superiores a un millón de euros, fue rechazada por el Consejo Constitucional apenas aprobada por la Asamblea Nacional. Algo análogo a lo que sucede a escala de la UE: si bien Piketty reconoce que sus «sés» a Maastricht en 1992 y su voto afirmativo en el referéndum de 2005, «con la esperanza, por fin, de una Europa más social y de una fiscalidad europea [...] me parecen hoy cada vez más peligrosos y difíciles de defender», su *Manifiesto para la democratización de Europa* es apenas más realista<sup>45</sup>.

Cuestión aparte es si las propuestas de Piketty aportan efectivamente nuevos elementos para una «superación» del capitalismo. Hay razones para dudarlo. La coestión empresarial tiene un largo historial de neutralización de las luchas laborales. Tal y como ha señalado el economista político francés Frédéric Lordon: «Si la codecisión al estilo alemán, porque a eso se reduce finalmente, hubiera traído consigo la menor posibilidad de “superar el capitalismo”, probablemente los capitalistas alemanes se habrían percatado de ello y nosotros también»<sup>46</sup>. Un componente clave que se echa en falta en la receta de Piketty para el socialismo es la planificación. Como consecuencia de ello, sus propuestas para abordar el cambio climático, «el mayor desafío al que se enfrenta el planeta hoy en día», son las más débiles de todo el libro; mencionan poco más que inversiones verdes y un impuesto sobre el carbono, como si el calentamiento planetario pudiera controlarse sin planes bien integrados en materia de, entre otras áreas, infraestructuras, vivienda, educación, investigación, emisiones, transferencias internacionales, agricultura, dieta alimentaria, etcétera concebidas para reestructurar unas economías anatómicamente dependientes de la producción privada y del consumo de combustibles fósiles.

Al igual que Proudhon, Piketty ofrece una participación sin planificación, que él evidentemente identifica con el Gosplán de la URSS después de 1928: la mentalidad burocrática de la que Trotsky se burlaba en 1931 por creerse capaz de «elaborar un plan económico impecable y exhaustivo,

---

<sup>45</sup> T. Piketty, *Capital and Ideology*, cit., pp. 669, 802.

<sup>46</sup> Véase «Why Are You Acting the Marxist?», un animado intercambio entre Frédéric Lordon y Piketty organizado por *Les amis de l'Humanité* el 30 de enero de 2020; traducido al inglés por David Fernbach para el blog de Verso, 27 de abril de 2020; versión digital original en youtube: <https://bit.ly/3tXfSpw>.

que empieza por el número de hectáreas de trigo y termina por el último botón de un chaleco». El antídoto contra ello no eran únicamente los mercados destinados a hacer que la producción respondiera mejor a la demanda, sino el papel activo de los trabajadores y los ciudadanos a la hora de determinar qué se produce y cómo: «el socialismo necesita la democracia como el cuerpo humano necesita oxígeno»<sup>47</sup>. Polanyi, por supuesto, clasificó a Proudhon como un pilar de la tradición liberal-socialista junto con Spencer, Dühring, Henry George y Kropotkin: «una comunidad intelectual libre de pensadores independientes del siglo XIX» en contraste con el «edificio uniforme» del socialismo marxista<sup>48</sup>. El tiempo del marxismo ha terminado, declaró confiadamente Polanyi en un artículo de 1919, titulado «Crisis of Ideology».

Polanyi, al igual que Proudhon y Piketty, era partidario del federalismo y aunque otorgaba un cierto papel a la regulación en una sociedad compleja (a diferencia de la asociación informal, defendida por Proudhon, de cooperativas de crédito mutualistas y cooperativas obreras bajo la supervisión de comités de coordinación federados), esperaba que el inevitable fortalecimiento del poder en el centro se viera contrarrestado por esferas de libertad protegidas por reglas inquebrantables<sup>49</sup>. El trabajo de Piketty es mucho más sofisticado que el suyo, y ello no en el sentido de los comerciantes ingleses evocados por Marx, sino en lo que tiene de verdadero avance de la investigación económica sostenida además por un sólido respaldo institucional. Sin embargo, sus planes para una dotación universal de capital encuentran su genealogía claramente en los fondos mutualistas del tipógrafo de Besançon, si bien organizados a la escala de una sociedad de masas compleja, tal y como la entendía Polanyi.

Este hecho ayuda a explicar la aparente paradoja de su conclusión: Piketty aboga por «un socialismo participativo para el siglo XXI» como colofón de un libro que apenas menciona la historia del pensamiento socialista. Llama la atención que un proyecto así no mencione ni una sola vez a

---

<sup>47</sup> Leon Trotsky, *The Soviet Economy in Danger: The Expulsion of Zinoviev*, Nueva York, 1933, p. 30.

<sup>48</sup> Karl Polanyi, «The Crucial Issue Today: A Response» [1919], texto escrito para *Die Neue Erde* e inédito en su momento, ahora accesible en Giorgio Resta y Mariavittoria Catanzariti (eds.), *Karl Polanyi, for a New West: Essays, 1919-1958*, Cambridge, 2014; ed. orig.: *Per un nuovo Occidente*, Milán, 2013. Aquí Polanyi cita el comentario de que el tiempo del marxismo «ha terminado», que él mismo había hecho en un artículo anterior, «Weltanschauungskrise», *Neue Erde*, núm. 31-32, 1919.

<sup>49</sup> K. Polanyi, *The Great Transformation*, cit., pp. 262-264.

Gramsci, que defendió con más fuerza que ningún otro pensador la tesis según la cual los socialistas de los países capitalistas avanzados tendrían que librar una larga batalla por la hegemonía civil, atrayendo a otros grupos subordinados a su causa. Piketty no es en absoluto el autodidacta puro que fue Proudhon. Sin embargo, hay una cualidad claramente provinciana en su desinterés por las fuentes históricas existentes sobre el imperialismo, el capitalismo, las finanzas, la revolución y la ideología, que se deriva de un rechazo a interactuar con otros pensadores en este campo como si fuera un titán teórico tan autosuficiente que no tuviera necesidad alguna de leer a Schumpeter, Weber, Mayer, Brenner, Wood, Arrighi, Mann o Harvey. Aquí el método de *¿Qué es la propiedad?* encuentra efectivamente un eco. Sin embargo, a pesar de todo, la obra de Piketty expresa, en el mejor de los casos –como dijo Marx de la de Proudhon–, un profundo y genuino sentimiento de indignación ante la infamia del orden existente.